

# Los estampones taurinos de Pedro Figari

Por Manuel de Castro

**Manuel de Castro** (Rosario, Argentina, 26 de marzo de 1896 - Montevideo, 8 de junio de 1970) fue un poeta, narrador, periodista y torero uruguayo, que analizó la serie de pinturas taurinas de Pedro Figari. En esta exposición se exhiben originales mecanografiados con anotaciones del autor del artículo "Los estampones taurinos de Pedro Figari" publicado en la *Revista Nacional Literatura-Arte-Ciencia*, vol. Año XVII, Tomo LXII, n° 186, junio 1954.



Pedro Figari. *Entrando a la plaza*. óleo sobre cartón. 34,5 x 99,5 cm. Sf.

La tradición taurófila de Montevideo que en lo literario fue iniciada por el poeta Francisco Acuña de Figueroa, a través de sus celebradas "Toraidas", dignas de perpetuarse en el tiempo, por su donosura y gracejo, de pura cepa hispánica, habría de perpetuarse más tarde en simbólica continuidad, en los estampones taurinos del gran pintor uruguayo Pedro Figari, quien dio en interpretar en sus telas –y a la manera impresionista– una serie de episodios de la llamada Fiesta de Toros, acaecidos en el viejo redondel de la entonces Villa de la Unión.

La tradición taurófila de Montevideo que en lo literario fué iniciada por el poeta Francisco Acuña de Figueroa, a través de sus celebradas "Toraidas", dignas de perpetuarse en el tiempo, por su donosura y gracejo, de pura cepa hispánica, habría de perpetuarse más tarde y en simbólica continuidad, en los estampones taurinos del gran pintor uruguayo Pedro Figari, quien dió en interpretar en sus telas y a la manera impresionista una serie de episodios taurinos de la llamada Fiesta de Toros, acaecidos en el viejo redondel de la entonces Villa de la Unión. Pero Figari, habría de alejarse, por su temperamento, del realismo chacotón y a veces lírico, que campea en la mayoría de las "Toraidas", esto último cuando exalta a sus toreros favoritos. Así refiriéndose el poeta refiriéndose a las proezas que ejecutaba en el ruedo el picador, apodado "Palanca" (sugestivo remoquete para un varilargero) le canta de este modo:

Y a ti, inmortal Palanca te alzaría  
por signo hasta el Zodiaco, donde en calma,  
en estrellada esfera, en circo de oro,  
dieses lanzadas al celeste toro.

Mientras el bardo oriental se complace en las distintas fases del espectáculo, a través de episodios cómicos y heroicos, que ambas cosas condimentaban las corridas de toros de la época sobre todo por estas latitudes y sus poemas trasuntan una impresión directa de las mismas, en cambio, Pedro Figari, interioriza las visiones que sorprende en el redondel, para recrearlas espiritualmente, alejándolas del primer plano sensual y colorista y darnos la fiesta de toros, como a través del fino velo del recuerdo o en la tamizada luz de soles extinguidos, al avanzar sobre el ruedo las primeras sombras del anochecer y el último toro <sup>muerto</sup> llevado por engalanadas <sup>de</sup> mulillas, hacia el negro callejón ~~del redondel~~. *de donde saliera obnubilado por la luz del redondel.*

Despojando a la fiesta de sus atributos externos y a veces coruscantes, por excesivo imperio del color (elementos con que se regodea el vulgo profano) Pedro Figari ahondó la esencia del drama taurino y ello entraña cierto parentesco espiritual con Goya, al transfigurar la realidad en un libre juego de imágenes y de contrastes. Sus toros, en los que predominan, los de negra pelambre y los berrendos, surgen <sup>del</sup> ~~del~~ <sup>ruedo</sup> algo contrahechos y deformes, envueltos en una atmósfera de pesadilla, junto a toreros sin garbo, con trajes de un lila desvaído, un rojo violento o un verde botella y sorprendidos por el artista en un gesto de angustia y hombruna temeridad.

Pero Figari, habría de alejarse, por su temperamento, del realismo chacotón y a veces lírico, que campea en la mayoría de las "Toraidas", esto último cuando exalta a sus toreros favoritos. Así el poeta refiriéndose a las proezas que ejecutaba en el ruedo el picador, apodado "Palanca" (sugestivo remoquete para un varilargero) le canta de este modo:

Y a ti, inmortal Palanca te alzaría  
por signo hasta el Zodiaco, donde en calma,  
en estrellada esfera, en circo de oro  
dieses lanzadas al celeste toro.

Mientras el bardo oriental se complace en las distintas fases del espectáculo, a través de episodios cómicos y heroicos, que ambas cosas condimentaban las corridas de toros de la época sobre todo por estas latitudes y sus poemas trasuntan una impresión directa de las mismas, en cambio, Pedro Figari, interioriza las visiones que sorprende en el redondel, para recrearlas espiritualmente, alejándolas del primer plano sensual y colorista y darnos la fiesta de toros, como a través del fino velo del recuerdo o en la tamizada luz de soles extinguidos, al avanzar sobre el ruedo las primeras sombras del anochecer y el último toro muerto es llevado por engalanadas mulillas, hacia el negro callejón de donde saliera obnubilado por la luz del redondel.

Despojando a la fiesta de sus atributos externos y a veces coruscantes, por excesivo imperio del color (elementos con que se regodea de lejos el vulgo profano) Pedro Figari ahondó en la esencia del drama taurino y ello entraña cierto parentesco espiritual con Goya, al transfigurar la realidad en un libre juego de imágenes y de contrastes. Sus toros, en los que predominan los de negra pelambre y los berrendos, surgen al ruedo algo contrahechos y deformes, envueltos en una atmósfera de pesadilla, junto a toreros sin garbo, con trajes de un lila desvaído, un rojo violento o un verde botella y sorprendidos por el artista en un gesto de angustia y hombruna temeridad.

Pedro Figari ha eliminado todo pintoresquismo, todo accidente banal, para exhibir en sus estampones, el drama taurino escueto, a base de movimiento y de color. En pinceladas nerviosas, incisivas, sabe destacar con fineza, junto al negro turbión de un toro, esas tímidas galanías de unas medias rosadas que lucen los diestros o el amortiguado brillo de los alamares, galanías que parecen revestir de una remota inocencia, el drama que acaece en el redondel, sobre el que brilla un cielo de azul indiferencia.

Los estampones taurinos de Figari, prolongan y delimitan al mismo tiempo, una etapa bien definida de la Tauromaquia, vista e interpretada a través del color y de un dibujo contrastado y casi esquemático, ya que el toreo que nuestro pintor reproduce, participa dentro de su insustituible dramatismo -raíz y esencia del espectáculo- de todos los adelantos e invenciones que sucedieron a la instalación de la escuela rondeña y de la sevillana, modalidades de estilo taurino que, más que preceptos, obedece al temperamento de cada lidiador.

Además, los diestros, se han despojado de la arcaica vestimenta que se usara hasta los tiempos de Chiclanero, Pepete, el Tato y Rigores, para lucir, en cambio, los pasados alamares en sus chaquetas, junto con la taleguilla recamada de oro o de plata y la clásica montera con el aditamento de la coleta. Son los tiempos en que actúan en el viejo y monumental ruedo de la Villa de la Unión, "El Gallo" (fundador de la dinastía Gallática que llegó hasta Joselito), "El americano", "Cuatro dedos", "El Tortero", "Desperdicios" y más tarde, el gran Luis Mazzantini\* que alternaba sus temporadas entre el coso de Madrid y el ruedo montevideano y de quien Pedro Figari era ferviente admirador, según me lo confesara el propio pintor.

No por el dibujo estricto y detallista, ni por su observación directa de la Fiesta de Toros, es que estos estampones de Figari que configuran otra Tauromaquia concomitante en cierto aspecto con la goyesca, merecen una sostenida atención, sino por su sentido personalísimo del color y del movimiento y del enfoque un tanto "daumieresco" con que sorprende cada episodio y cada personaje, sobre todo a los apuestos y orondos picadores que deben defender sus maltrechas cabalgaduras -y su propia y voluminosa humanidad- de los enviones del toro.

Es que efectivamente estos estampones taurinos de Figari -no muy estudiados hasta el momento- como la mayoría de sus hermosas telas, están hechos a través del recuerdo y en ello reside su mayor encanto. Han sobrevivido en su imaginación de artista destellos de color y de sombra, actitudes y escenas de un ajado donaire y de crudo patetismo al mismo tiempo, refractándose en la reversión del tiempo y bajo una tamizada luz de soles extinguidos.

Pedro Figari ha eliminado todo pintoresquismo, todo accidente banal, para exhibir en sus estampones, el drama taurino escueto, a base de movimiento y de color. En pinceladas nerviosas, incisivas, sabe destacar con fineza, junto al negro turbión de un toro, esas tímidas galanías de unas medias rosadas que lucen los diestros o el amortiguado brillo de los alamares, galanías que parecen revestir de una remota inocencia, el drama que acontece en el redondel, sobre el que ~~brilla~~ brilla un cielo de azul indiferencia.

Los estampones ~~de la Tauromaquia~~ <sup>taurinos</sup> de Figari, prolongan y delimitan el mismo tiempo, una etapa bien definida de la Tauromaquia, vista e interpretada a través del color y de un dibujo contrastado y casi esquemático, ya que el toreo que nuestro pintor reproduce, participa dentro de su insustituible dramatismo <sup>raíz</sup> y esencia del espectáculo--de todos los adelantos e invenciones que sucedieron a la instalación de la ~~escuela~~ escuela rondeña y de la sevillana, modalidades de estilo taurino que, mas que a preceptos, obedece al temperamento de cada lidiador .

Ademas, los diestros, se han despojado de la arcaica vestimenta que se usara hasta los tiempos de Chiclanero, Pepete, el Tato y Rigores, para lucir, en cambio, los pasados alamares en sus chaquetas, junto con la taleguilla recamada de oro o de plata y la clásica montera con el aditamento de la coleta. Son los tiempos en que actúan en el viejo y monumental ruedo de la Villa de la Unión, El Gallo ( fundador de la dinastía Gallitica que llegó hasta Joselito ) "El americano", Cuatro dedos" El Tortero" "Desperdicios" y mas tarde, el gran Luis Mazantini que alternaba sus temporadas entre el coso de Madrid y el ruedo montevideano y de quien Pedro Figari era ferviente admirador, segun me lo confesara el propio pintor.

No por el dibujo estricto y detallista, ni por su observación directa de la Fiesta de Toros, es que estos estampones de Figari que configuran otra Tauromaquia ~~concomitante~~ en cierto aspecto con la goyesca, merecen una sostenida atención, sino por su sentido personalísimo del color y del movimiento y el enfoque un tanto "daumieresco" con que sorprende cada episodio y cada personaje, sobre todo a los apuestos y orondos picadores que deben defender sus maltrechas cabalgaduras -y su propia y voluminosa humanidad- de los embiones del toro .

Es que efectivamente estos estampones taurinos de Figari -no muy estudiados hasta el momento, como la mayoría de sus sabrosas telas, están hechos a través del recuerdo y en ello reside su mayor encanto. Han sobrevivido en su imaginación de artista destellos de color y de sombra, actitudes y escenas, de un ajado donaire y de crudo patetismo al mismo tiempo, refractándose en la reversión del tiempo y bajo una tamizada luz de soles extinguidos.

Manuel de Castro. C.S.



Ministerio  
de Educación  
y Cultura  
URUGUAY



Dirección Nacional  
de Cultura



Museo  
Figari